



CAPITULO XXXVII

El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea.
Eufrosina y la Quijotita continúan sus desbaratos. Pudenciana y su marido, constantes
en su buena conducta, progresan. El coronel
cuenta la historia de una viuda

Luego que pasaron los nueve días del duelo de don Dionisio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querían que los inventarios fuesen extrajudiciales, ya porque entre dos solas interesadas y de su clase no debían esperarse diferencias y ya para economizar el enorme gasto de las costas, que importarían un dineral,

pues siempre los primeros herederos del que muere son el juez, el asesor, el escribano y todos los arlequines de éstos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los días, comen en ellos medio lado, y luego el tasador de costas, interesado en el tanto por ciento del importe de ellas, las hace subir inmensamente.

Algo resistieron la viuda é hija esa opinión, porque querían, las muy necias, entrar en relaciones con esas gentes y que viera el mundo que todo se hacía con lujo y ostentación; pero, por último, cedieron á las prudentes persuasiones del coronel, que inmediatamente pasó á ver á un abogado que conocía de juicio, é hizo y presentó un escrito al alcalde ordinario de primer voto, pidiéndole licencia para hacer los inventarios extrajudicialmente; que se notificase á Pomposita nombrara curador *ad litem*, porque sólo tenía veintitrés años larguitos de edad, y que hecho por ella este nombramiento, se sirviera discernirlo en forma, previa la fianza de la ley. El juez proveyó *como lo pide*, y notificada Pomposita, salió con la quijotada de nombrar por su curador al conde de..., y aunque mi tutor le manifestó que esa clase de sujetos por su rango se excusaban de hacer esos servicios, que cuando los aceptaban era por cumplimiento y nunca llenaban su deber, ella y la madre insistieron en su nombramiento, diciendo que á una señorita de su representación no le correspondía

nombrar á un cualquiera, y que en el momento iban á ver al conde, como fueron de facto, y volvieron asegurando que estaba pronto á aceptar, por lo que, asentadas las diligencias necesarias, quedó discernido el cargo de curador al señor conde.

Inmediatamente se procedió á todo lo demás pedido en el escrito, y los inventarios, á que nunca asistió el señor curador, quedaron concluidos en cinco días; en seguida mi tutor los presentó con un escrito pidiendo que lo ratificasen los peritos con juramento, y que, si haciéndose saber á las partes no contradecían, se aprobasen y elevasen á la esfera de inventarios jurídicos, obligando á las partes á estar y pasar por ellos en todo tiempo. Así se hizo todo, previa la deferencia de la viuda y del curador de la Quijotita, más Quijote que ella y quien de nada tenía menos cuidado que de la pupila y sus intereses. En este estado se pidió el nombramiento de contador, que recayó, de acuerdo de los interesados, en el licenciado Toño Carretas, que aceptó, y recibidos los autos, formó la cuenta divisoria, que presentó y fué aprobada de consentimiento de las partes, deducido el quinto, de que se rebajaron los gastos de entierro y mandas forzosas, distribuido el resto en limosnas de misas; la cuarta parte, como debe ser, en la parroquia á que correspondió el testador, y las demás en San Cosme, San Fernando, San Diego y á algunos clérigos de buena conducta y necesi-

tados, que mi tutor buscó, todo según la intención de don Dionisio, y recogiendo recibos de todo. Resultó, por último, que no habiendo de gananciales en el poco tiempo que á su vuelta sobrevivió don Dionisio más que dos mil cien pesos, tocó á la viuda Eufrosina la gran cantidad de un mil cincuenta, y á Pomposita, por su total herencia, la de treinta y siete mil y cincuenta pesos.

No puede ponderarse la pesadumbre que recibió Eufrosina al verse tan pobre, cuando se imaginaba dueña absoluta de todo el caudal, y el orgullo que adquirió nuestra Quijotita que, mirándose dueña de todo, reconoció la superioridad que iba á tener sobre su madre.

Hasta aquí no habían ido tan mal las cosas del albaceazgo; pero como mi tutor tenía obligación de asegurar el interés de la menor y no dejar el libre manejo de esos bienes á dos locas, propuso para el efecto los medios más prudentes, que no admitían, porque para ellas todo era bueno, menos el sujetarse á que otro ordenadamente les manejase y distribuyese aquello, pues lo que querían era libertad para disponer á su arbitrio. De esto resultó que se indispusiera mi tutor, hasta que la viuda le dijo que mientras pensaba lo que debía hacerse, se suspendiese todo, como se suspendió, sin que restara otra cosa de parte del albacea, que en mes y medio había concluído la testamentaría. ¡Ojalá y hubiera muchos albaceas como éste! Pero apenas se halla uno en cada cien mil.

Entretanto Eufrosina y su digna hija comenzaron á disipar su dolor con algunos paseos y días de campo entre sus amistades antiguas y más análogas á sus ideas, pues aunque mi tutor les iba á la mano, nada conseguía ni logró quitarles de la cabeza que pusieran coche. Aunque él les instaba sobre que se resolviera lo que debía hacerse con los bienes de la menor, porque quería terminar eso, no le contestaban más de que habían consultado y esperaban la respuesta.

La consulta la habían hecho de facto; pero á personas tan fatuas y tan calaveras como ellas, y el consejo que acordaron en una concurrencia tenida para ello fué que se determinara Pomposita á casarse; que no faltaría hombre de su gusto y de franqueza, y entonces podría quitarse ya de la fiscalización é intervención de un albacea tan miserable y mentecato; y he aquí ya á nuestra Quijotita fija en casarse y en buscar para ello un marqués ó conde, como tenía de antigua manía.

Al mismo tiempo que Eufrosina y Pomposa continuaban labrando el edificio que las había de envolver en su ruina, don Modesto y Pudenciana iban progresando á gran prisa; de manera que haciendo su balance en aquellos días, se encontraron con un capital de sesenta mil pesos, que no se echaba de ver por el grande arreglo que había en los gastos. La casa, que tenía las piezas necesarias sin ninguna de sobra, les ganaba veinte pesos, y no